

QUIERO VERTE

Iba recostada en la parte trasera del taxi. Miraba al exterior, a las fachadas de los altos edificios que daban a la avenida. Pensó: a mi vuelta, ya no seré la misma, iré llena del encanto de Miguel, ni tampoco este paisaje de puertas y ventanas y troncos retorcidos, será el mismo porque lo miraré con ojos de felicidad y sosiego. Iba sobrecogida, descontenta con su atuendo. Siempre era igual y era lo mismo de insegura con su físico, a pesar de que él decía amarla y, reflexionando, pensó: si me ama me verá perfecta. Me verá en carne y hueso no en la utopía del cristal de la pantalla. “Hola hermosa”, le decía Miguel, a modo de saludo desde el país vecino, con aquella labia y aquella soltura de lengua que a ella la embelesaba. “Esta noche has conectado más tarde”, le decía Manuela, ruborizándose. Él callaba, la miraba; mejor, la contemplaba y, en aquellos momentos de arrobos, como si ambos estuvieran presos por la distancia, sin decirse el uno al otro una sola palabra, a Manuela le parecía que la magia y el amor se confabulaban en esos momentos elevándola al séptimo cielo. “Quiero verte...”, decía ella en un arrebato rompiendo su timidez. Él sonreía y su sonrisa era como un puente, como el asentimiento y el deseo de Miguel por tenerla cerca, también. “Ven tú, yo estoy muy liado con el trabajo, ya buscaré un hueco más adelante, pero, tú ven ahora que tienes vacaciones”. Manuela no se lo pensó dos veces y tomó un vuelo para Lisboa. Se recostó aún más en el asiento del taxi. Ya faltaba poco para abrazar a Miguel. Lo temía. Lo imaginaba. Lo deseaba: Él estaría esperándola. Lo llamó por el móvil una y otra vez sin obtener respuesta. Esto de Oporto..., se dijo, seguramente, aquí, mi teléfono no funciona. Desconcertada, se encontró frente a la dirección que Miguel le había proporcionado en su último correo.

“Preciosa, ya no tendré tantas dificultades para darte un beso...”. Cuando se quedó sola frente a lo desconocido viendo como el taxi se perdía por la ancha avenida, le temblaba todo el cuerpo. Era el momento tan deseado, tan temido, tan soñado, tan imaginado. Ella “bailaría al son que él le tocara”. Estaba entregada, segura que era el hombre que había estado esperando. Lo amaba. No había otro, no lo habría, pensó mientras el ascensor subía al séptimo piso. Se pellizcó los cachetes para que el color le subiera a las mejillas, porque la palidez se habría adueñado de su rostro. Se miró en el espejo y acabó retocándose cuanto pudo. Se abrió la puerta del ascensor y, frente, en el ancho descansillo, apareció la puerta con la letra F como una salvación para su desconsuelo. Allí estaría Miguel, pegado al ojo de la mirilla. Estaría a punto de abrir, a punto. Qué potencial tan denso encierra la espera. En la víspera cabe toda la fiesta. Pulsó el timbre tantas y tantas veces, que, dubitativa, tomó su agenda del bolso y comprobó que la dirección de su amado internauta era exacta: la calle, la planta y la letra del piso. No había dudas. ¿Y si hubiera salido por alguna urgencia? ¿Y si se hubiera confundido de la hora de su llegada? A su derecha, otra puerta se abrió y, un señor chapurreando el castellano le respondió a su pregunta: “Señora, aquí no vive ningún español llamado Miguel Merino”.